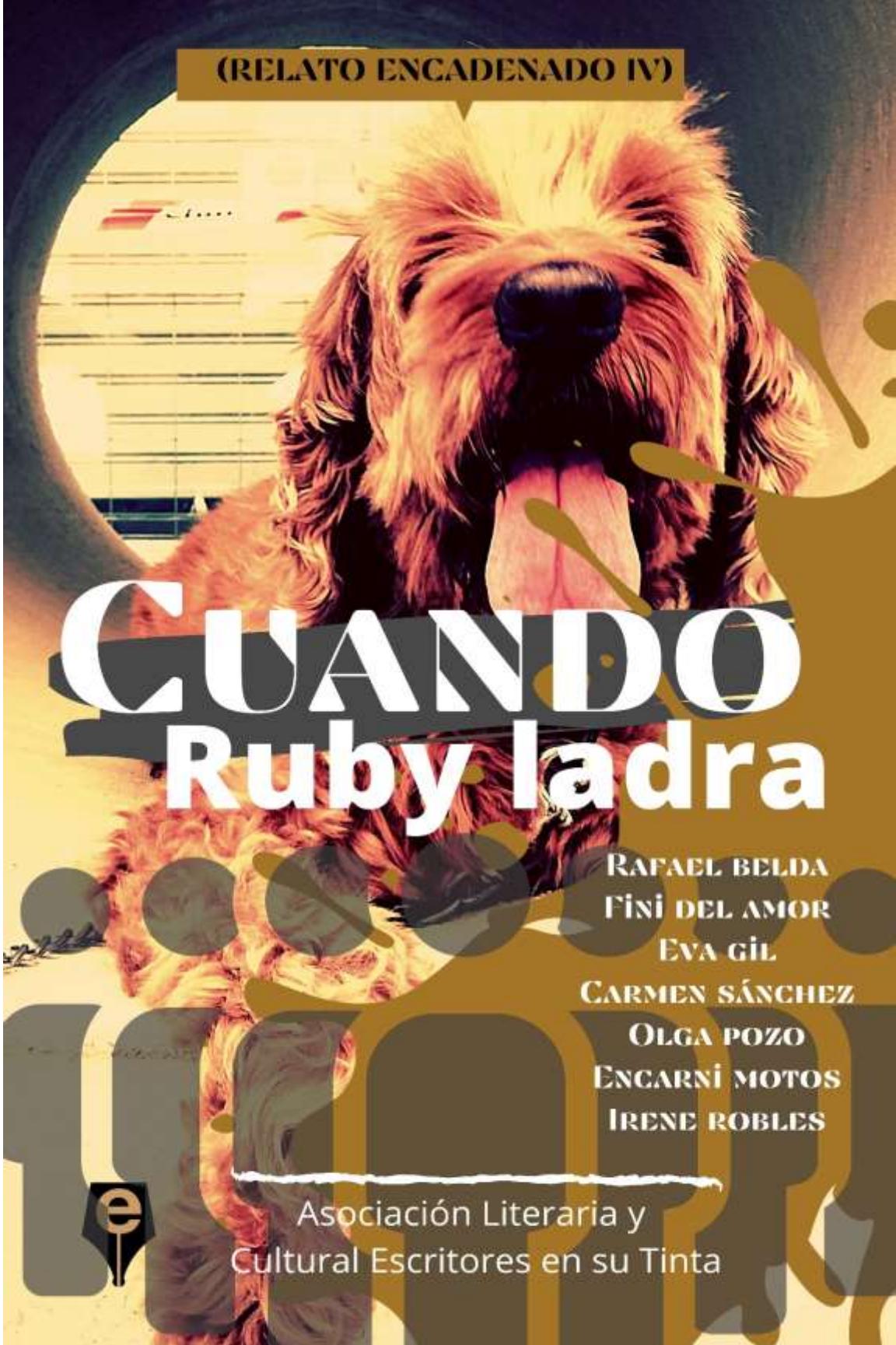


(RELATO ENCADENADO IV)



CUANDO Ruby ladra

RAFAEL BELDA

FINI DEL AMOR

EVA GIL

CARMEN SÁNCHEZ

OLGA POZO

ENCARNI MOTOS

IRENE ROBLES

Asociación Literaria y
Cultural Escritores en su Tinta



ESCRITORES EN SU TINTA

© Todos los derechos reservados a los autores de esta obra.

© Portada: [Rafael Belda Ros](#)

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright.

CUANDO RUBY LADRA

Este relato surgió como un reto entre algunos de los autores de la Asociación Literaria y Cultural Escritores En Su Tinta en el lapso del confinamiento por el Covid19 en abril del 2020. En un orden aleatorio cada autor, por turnos, tuvo la libertad de crear un fragmento de los que conforman este relato, resultando ser una experiencia enriquecedora y fascinante, en la que cada autor disfruta añadiendo su pincelada.

El orden es el siguiente:

[Rafael Belda Ros](#)

[Fini Del Amor Álvarez](#)

[Eva Gil Soriano](#)

[Carmen Sánchez Vilella](#)

[Olga Pozo Molina](#)

[Encarni Motos Plazuelo](#)

[Irene Robles](#)

www.escritoresensutinta.com

Alina era paseada por su perro, sí porque de no ser por él no salía de casa. Confiaba en que Ruby sabía guardar las distancias con todo aquel que se cruzaba a su paso y eso la relajaba. Las largas horas de noticias por televisión habían reforzado su instinto canino, tanto, que no sólo cumplía con las precauciones, además era capaz de detectar el contagio.

En la fase cero del desconfinamiento permitían salidas controladas en distintas franjas horarias con ciertas limitaciones. Y esa cuestión encrespaba a Ruby, que emitía un gruñido durante todo el trayecto en busca del bicho, pues mucha más gente de lo recomendable paseaba por la ciudad.

—Ruby, tranquilo —le dijo con la voz apagada por la mascarilla—, a mí también me preocupa que muchos no quieran respetar las normas de seguridad.

Ruby la miró con unos ojos dubitativos, emitió una tos casi humana, y siguió su camino subiendo y bajando de la acera, sorteando el camino que cada vez resultaba más difícil mantener en línea recta.

Alina seguía distraída, añorando a su paso las tiendas que antes estaban abiertas, hasta que Ruby detuvo su paseo en seco. Alina no quería mirar, porque temía que volviera a repetirse una situación incómoda, pero no tuvo más remedio. Ante la mirada burlesca de un grupo de veinteañeros que reían más juntos de lo que debieran, Ruby activó su olfato. Del mismo modo que un detector de metales, su hocico quedó anclado a la pierna de un muchacho al tiempo que comenzó a emitir un intrínseco ladrido.

CUANDO RUBY LADRA

—Aparta a ese maldito perro o le doy una patada —espetó Raúl invitando al grupo a arremeter con desidia—. ¿Habéis visto qué estúpido?

Ruby empezó a gruñir sin despegar su nariz de la pierna que el muchacho procuraba esconder. Alina tiraba de él, pero no había manera de apartarlo y ya comenzaba a sentirse incómoda por la situación.

—¡Déjame, perro sarnoso! —le dijo propinándole una ligera patada que lo enfadó tanto que mordió su pantalón.

—Ruby, suéltale —le riñó Alina—, sé que has encontrado a un portador. Tranquilo.

—¿Qué estás hablando de no sé qué de portador, chiflada?

Ruby comenzó a ladrar con la tela entre sus dientes. Los componentes del grupo seguían riendo como si contemplaran una realidad deformada por las drogas.

—Suéltale, Ruby —le suplicó de rodillas a su perro—. ¿Por qué no respetáis nada? ¿No sabéis que hay peligro de rebrote? Soy doctora y sé de qué hablo.

—¡Métete en lo tuyo, tarada! —vociferó Raúl como si fuera el macho alfa de la manada—. Además, quítate la mascarilla para hablar que no se te entiende una puta mierda.

—Ruby, por favor, vámonos —le suplicó—. Esta gente no merece nuestra ayuda. Nos veremos en el hospital.

Como buen entendedor, Ruby finalmente soltó su pantalón, se sacudió como si quisiera quitarse las pulgas de encima, y tiró de ella

ESCRITORES EN SU TINTA

a un lado para esquivar el grupo. El muchacho hizo una mueca despectiva y se giró ignorándola a ella y a Ruby.

RBR

—Bueno, yo me piro —dijo Raúl al poco tiempo—. Ese chucos me ha puesto de mal humor.

—Espera, voy contigo —dijo Jesús, uno de sus colegas, a la vez que consultaba la hora en el móvil.

Cuando se separaron un poco del grupo, Jesús le dijo si quería acompañarlo, había quedado con Esther cerca de su casa, en un parque al que no iba mucha gente, para tomar unas birras que ella bajaría de su casa.

—Anímate y la llamó para que baje también Elena, su gemela.

Pensar en Elena lo convenció, esa chica era muy guapa y alguna vez había pensado que tendría que cavilar la manera de enrollarse con ella. Habían andado un pequeño trecho cuando Raúl vio a su abuela que venía en dirección contraria.

—¡Hijo, qué alegría me da verte! ¿Pero qué haces en la calle sin mascarilla?

—Me la acabo de quitar abuela —mintió.

La abuela había salido por primera vez desde que empezara el confinamiento así que llevada por la emoción se levantó la mascarilla y le dio un beso.

CUANDO RUBY LADRA

La cita con las gemelas se alargó más de lo previsto, Elena resultó ser una tía increíble de la que se despidió con un leve roce en los labios.

Había pasado una semana cuando oyó hablar a su madre por el móvil, muy alterada entró en el salón.

—Han ingresado a la abuela en la UCI, parece que ha cogido el virus.

Un rato después fue su móvil el que sonó.

Al otro lado de la línea, Jesús le decía con una voz llena de aprehensión:

—Tío, he cogido el bicho y me ha dicho Esther que su hermana también está aislada desde hace dos días.

A la mente de Raúl vino la imagen del chuco con el que se encontró aquel día y la voz de su dueña cuando dijo

—...sé que has encontrado un portador.

FAA

¿Era posible que aquello fuera verdad? ¿Ese estúpido chuco había olfateado el virus en él? Pero se encontraba en perfecto estado de salud, no había tenido ni fiebre, ni tos ni nada de eso que escuchaba en la tele. De pronto, la palabra asintomático le vino a la mente ¿eran esos que portaban el virus sin saberlo? Deseó haber prestado más atención a las noticias, siempre pensó que eran un coñazo y que todas las restricciones también. Sin embargo, su abuela estaba en el hospital, su amigo y la chica que le gustaba también estaban aislados, ¿era por su culpa?

ESCRITORES EN SU TINTA

Fue hasta el cajón de su mesita, donde su madre le había dejado una mascarilla para él, que aún no había estrenado. Se la colocó, después fue a la cocina y cogió unos guantes de látex de la caja que su madre también tenía preparada para las veces que salía a comprar y de las que él nunca había hecho uso. Salió a la calle, se subió a la moto y salió disparado hacia el hospital.

Cuando llegó, se dirigió a urgencias, entregó su tarjeta sanitaria y exigió que le hicieran la prueba del COVID-19.

—¿Ha tenido fiebre?

—No.

—Tos, malestar general...

—No, no. No he tenido nada de eso —interrumpió al hombre, desesperado —. Pero tengo el virus en mi cuerpo.

—¿Por qué cree que lo tiene?

Raúl vaciló unos segundos antes de contestar. Lo iban a tomar por loco, pero no le importaba, había pasado de todo y ahora la gente que le importaba había sufrido las consecuencias.

—Un perro me avisó.

—¿Un perro se lo dijo? —preguntó el hombre con incredulidad. Posiblemente tuviese que llamar a psiquiatría. El encierro estaba afectando la mente de muchas personas.

EGS

CUANDO RUBY LADRA

—¡No me entiende! —dijo Raúl desesperado—. El otro día, un perro se acercó a mí y después de olfatearme me empezó a gruñir. ¡Incluso casi me muerde la pierna!

—¿Y por eso crees que tienes el virus? —preguntó burlonamente.

—Lo sé porque su dueña me lo dijo. Al parecer su perro detecta a los portadores del virus.

—Hazme caso, chaval —dijo el celador—, vete a casa.

—¡¿Cómo?! ¡¿No piensa hacerme la prueba?! ¡Exijo ver a un médico!

—¡Y yo te digo que te marches! —dijo el celador poniéndose de pie tras el mostrador—. No eres persona de riesgo y no tienes síntomas, punto.

—Esto no va a quedar así, ¿me oye? —dijo Raúl señalándole con furia mientras se marchaba.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó uno de los enfermeros al celador.

—¿Te puedes creer que ha venido un chaval exigiendo hacerse la prueba del COVID porque, al parecer, la dueña de un perro le dijo que era portador?

El enfermero puso los ojos en blanco.

—Por lo visto, no todo el mundo conoce a Spiriman.

—Bueno —dijo el celador—, yo también me preocuparía por esa mujer que dice que su perro es vidente. Con el encierro, a mucha gente se le ha ido la pinza. No hay más que ver los vídeos que suben a las redes sociales, siempre buscando polémica y malmetiendo.

—Hombre, es que si se hacen mal las cosas...

ESCRITORES EN SU TINTA

—Ya, pero es que últimamente hay mucho policía suelto por ahí. A saber si ésta del perro no es de esas que está a la caza y captura y le ha metido el miedo en el cuerpo al chaval.

—En fin —dijo el enfermero encogiéndose de hombros—. Voy a seguir con mi ronda.

Y mientras éste se perdía por el interior del hospital, Raúl se dirigía hacia el lugar en el que días atrás se había encontrado con la mujer y el perro. Aquel celador se había burlado de él y estaba dispuesto a lo que hiciera falta para demostrarle que no mentía.

CSV

Esta vez Raúl se puso la mascarilla, se aseguró de llevar bien puestos los guantes y respetó escrupulosamente la distancia con las personas con las que se iba cruzando. No quería ser responsable de más enfermos, se sentía como una mierda. ¿Qué tipo de persona era? ¿Y si le pasaba algo a su abuela? La persona que lo había cuidado y mimado como ninguna otra en el mundo, con la que tenía un vínculo tan especial, ¿y si Elena no salía de la UCI? Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras corría hacia el banco en el que aquel perro le había ladrado. Tenía que encontrarlos.

Por fin llegó al lugar donde había sucedido todo, se sentó y esperó. Al rato pasó un coche de policía, no le dijeron nada. Volvió a dar la vuelta y esta vez sí que paró, se bajó un agente y se dirigió a Raúl.

—¿Qué haces ahí sentado? No puedes estar en la calle sin una causa justificada —le dijo el policía—. Vete a tu casa ahora mismo o te tendremos que multar.

CUANDO RUBY LADRA

—Agente, es que yo... —prefirió no dar explicaciones, no quería que aquel policía lo tomase por loco igual que había hecho el celador del hospital—. Ya me voy.

Raúl comenzó a caminar cabizbajo, mientras su cerebro iba a mil por hora, pensando en las personas que habían enfermado por su culpa y en cómo podía solucionar todo aquello. Necesitaba que le creyesen. Necesitaba saber si todavía era portador y si las personas que vivían con él, su familia, estaban seguras.

Se paró en seco y decidió que no podía marcharse todavía, tenía que encontrar a esa mujer y a su perro. Miró rápidamente a su alrededor y vio un soportal en el que se podía esconder sin que lo vieran, desde allí se podía ver perfectamente el banco. Se quedaría allí hasta que pasase esa mujer.

OPM

Estaba a punto de marcharse después de casi dos horas de espera, cuando le pareció ver al perro. Salió del portal y reconoció a la chica. Corrió hacia ellos y se paró a un metro de distancia.

—Quisiera pedirte disculpas. —Le dijo a Alina—. El otro día fui un estúpido. No sé cómo, pero tu perro tiene razón: soy portador del virus. Hice el idiota y ahora he contagiado a la gente que quiero. ¡Ayúdame por favor! No quieren hacerme las pruebas.

—Acepto tus disculpas. Está muy bien que te hayas dado cuenta de tus errores. Soy médica y voy a intentar ayudarte. ¿No sientes nada extraño? ¿Fiebre, dolor fuerte de cabeza, tos...?

—Nada de eso.

—Vale, tú y yo sabemos que tienes el virus. No sé cómo, pero Ruby nunca se equivoca. No hace falta que te hagas las pruebas. Tienes que estar en casa, avisar a todos los que viven contigo y no tener contacto con nadie. No te preocupes que no tiene por qué pasarte nada.

—No me preocupa lo que me pase a mí. Estoy preocupado por los demás. Sobre todo por mi abuela.

—Ahora no se puede hacer nada. Debes tener paciencia y confiar en los sanitarios. Espero que te pongas bien.

Se despidieron y Raúl hizo caso de lo que le dijo Alina.

Días después, Alina sentía una debilidad que no era normal. Tenía voz ronca y sensación de frío y calor a la vez. Se puso el termómetro. ¡No! Tenía fiebre.

—Tengo que hacerme la prueba, no puedo trabajar si tengo el virus.

Fue al hospital y se hizo la prueba. Era positiva. Tuvo que ser por el mordisco que le dio Ruby al chaval. Luego estuvo lamiéndole. La verdad es que no fue consciente de ello y no desinfectó a su querido animal.

Después de dos días en casa, cada vez le costaba más respirar. Llamó a urgencias y vinieron a buscarla. Antes de eso, a pesar de su estado, llamó a una amiga para que se ocupara de Ruby. Tenía llaves de su casa y podía recogerlo.

A pesar de ser muy buena médica, era una péssima enferma. Además, se encontraba realmente mal. Tanto que sus compañeros temían por su vida.

—Quiero ver a Ruby —dijo con una voz totalmente desconocida.

CUANDO RUBY LADRA

—Pero Alina, sabes que no puede entrar en el hospital.

—Videollamada... pooo...poooorr faaaaavor.

Hicieron una videollamada y pudo ver a su pequeño grandullón. Él ladró y ella lloró de alegría.

—María —le dijo a su amiga—. No estoy bien. No sé qué va a ocurrir. Este virus es impredecible. Prométeme que Ruby tendrá un buen hogar si yo no estoy.

—Pero Alina, no digas tonterías. —Dijo María cayéndole una lágrima que intentó esconder.

EMP

Raúl se sentía un estúpido. Había tenido que aprender la lección a causa del sufrimiento de los demás. Habían pasado dos meses desde que su abuela diera positivo, y al ser ya tan mayor no había podido superar la enfermedad. Una profunda tristeza rondaba a su familia, al igual que a la de muchos otros en todo el mundo a causa de la letalidad del virus.

Sus amigos se habían recuperado, aunque desde entonces no salían de casa, tan solo para lo imprescindible, por miedo a volver a contagiarse o a todavía poder contagiar a los demás. Las quedadas las hacían online y, a pesar de la situación, al menos podían verse y pasar el rato unidos, aunque fuera en la distancia.

Un día que Raúl salió a hacer la compra, equipado por supuesto con guantes y mascarilla, pasó por el banco en el que aquel día el perro de la doctora le había llamado la atención. Estaba vacío, como la

ESCRITORES EN SU TINTA

mayoría de las calles y comercios de la ciudad, que ahora empezaban a reabrir sus puertas, volviendo poco a poco a la normalidad. Entonces vio pasar a aquel perro, Ruby, pero lo paseaba otra mujer. No dudó un segundo en acercarse.

—¿Ruby? —La mujer se giró extrañada, pues no conocía al chico. Sin embargo, el perro se giró hacia él y le ladró a modo de saludo, de una forma muy distinta a como lo había hecho la primera vez que se vieron—. Ruby, ¿dónde está tu dueña?

—¿De qué conoces a Alina? —preguntó María.

—Somos vecinos —mintió para no tener que dar explicaciones, se sentía avergonzado—. Hace tiempo que no la veo.

—Ha estado ingresada por COVID. Como quizás ya sepas era doctora en el hospital y atendió a muchos enfermos con el virus, era posible que pudiera contagiarse...

Raúl se quedó sorprendido y paralizado. Seguro que había sido por su culpa, siendo doctora habría tomado todas las precauciones para evitar contagiarse, pero al cruzarse con él...

—Eh, no te pongas así. Hasta con la mascarilla puesta intuyo tu cara de preocupación. Alina está bien, ya está en casa, pero se está recuperando todavía, así que yo la ayudo y todos los días saco a pasear a Ruby.

—Me alegro —dijo Raúl en un susurro—. ¿Podría... podría algún día pasear yo con Ruby? Me gustaría ayudar.

No dio más detalles, pero quería apoyar a Alina y hacer algo por ella, aunque fuera algo tan sencillo como eso.

—Claro, se lo diré a Alina y seguro que estará encantada —Ruby empezó a menear el rabo con alegría, parecía que a él sí que le

CUANDO RUBY LADRA

gustaba la idea—. A Ruby le parece bien. Es todo un detalle por tu parte, en lugar de quedar con tus amigos o hacer planes, ahora que se puede salir...

—Me lo voy a tomar con calma. Hay gente que lo ha pasado muy mal y esto todavía no ha acabado, no quiero que nadie más... que nadie pueda estar en riesgo por mi culpa.

—Es cierto, todos tenemos que ser responsables, por nosotros y por los demás.

Raúl y María se despidieron y cada uno siguió su camino. El chico se quedó dándole vueltas a la palabra responsabilidad. Recordó a su abuela y pensó en sus amigos y en la doctora. No podía volver atrás y evitar todo lo sucedido, pero a partir de ahora tendría presente que sus acciones también podían afectar a los demás, y que si todos pensaban así, antes combatirían al virus.

IR